

Juan Larrea - César Vallejo.

De la admiración a la posesión

por Juan F. Villar Dégano
Universidad Complutense

Pocas veces un poeta ha tenido la posibilidad de César Vallejo: Encontrarse con un amigo, poeta también, que antes y aún más después de su muerte, se dedique a conservar, difundir y proteger su obra. Un buen número de artículos, libros, conferencias, congresos y hasta un Aula permanente de investigación y estudio, son la prueba palpable de esta singular amistad (1), ciertamente poco habitual, y más si tenemos en cuenta el vaivén de los sentimientos y de las fidelidades entre los humanos. Todo un ejemplo de devoción difícil de emular.

El conocimiento humano

Juan Larrea conoció a César Vallejo en 1924 en casa de Vicente Huidobro y, como apunta David Bary: "Nadie lo planeó; se debió, como solemos decir, al azar" (2). A partir de aquel día la relación Larrea-Vallejo se convierte en un modelo de comprensión y afecto, a pesar de los inevitables altibajos y discrepancias, difíciles de evitar en cualquier tipo de relación (3). Después de este primer encuentro Larrea leyó *Escalas melografiadas*, que el cholo le había dedicado, y fue su asiduo contertulio en el café de La Rotonde. A su regreso de España, adonde había ido para arreglar algunos asuntos relacionados con su puesto de archivero, se va a vivir a un hotel de Montparnasse, el barrio de César, y comparte con él y con otros sudamericanos, entre los que se encontraba muy cómodo, la bohemia de la ciudad.

En 1925, otra vez en España por asuntos familiares, Larrea recibe en Madrid la visita de Vallejo que iba a cobrar una beca del gobierno español. El vasco, cada vez más dispuesto a "entrar en poesía como quien entra en religión", pide una excedencia de los legajos y se instala al año siguiente en París, para al cabo de unos meses hacer realidad uno de sus sueños literarios: Publicar una revista propia en la que también va a participar su amigo, al que poco a poco iba introduciendo en los círculos vanguardistas presentándole a poetas como Reverdy o Tzara y a pintores como Juan Gris, al que le había prestado un ejemplar de *Trilce*.

En julio y octubre de 1926 se publicaron los dos números de *Favorables*, *Paris Poema* y en el primero Vallejo comparte espacio con Huidobro, Tzara, Juan Gris y el mismo Larrea. A partir de este momento comienza a hacerse presente en los cenáculos poéticos de la "ciudad luz", gracias al impulso de su amigo y a la capacidad de éste para descubrir valores en alza, sin duda una característica innata de nuestro bibliotecario, que de nuevo pone de manifiesto en el segundo número publicando fragmentos de *Tentativa del hombre Infinito* de Pablo Neruda, "a pesar", como señala puntualmente David Bary, "de las indicaciones negativas de Huidobro" quien lo rechazaba como "romántico" (4). Con Vallejo y como Vallejo, Larrea sufre crisis psicológicas, abusa del alcohol y de las drogas y alterna momentos depresivos con otros de elevada exaltación. Todos estos avatares compartidos van a ir generando en ambos una fraternidad y un conocimiento mutuo que se traducirá en una semejanza de creencias y actitudes en relación con la poesía y con la existencia, semejanza que Larrea se encargará más tarde de acentuar, y otros, como Georgette de Vallejo, de minimizar (5).

En 1928, Larrea, casado ya con Marguerite Aubry, arregla en Madrid, y sin saberlo Vallejo, la Publicación de *Trilce* (Lima, 1922), con un prólogo de Bergamín y el poema "Valle Vallejo" de Gerardo Diego. En enero de 1930 el matrimonio Larrea se embarca en el *Colombo* rumbo a Perú. A su llegada entra en contacto con Carlos More y Eudocio Rabines, amigos de París, de los que Vallejo había sido el contacto. También lo es ahora con Alcides Spelucín, quien le presenta a José Carlos Mariátegui, en contrapartida a lo que el vasco había hecho por el cholo en otros círculos. Para el autor de *Versión celeste* el viaje iniciático había comenzado; y en él es de gran importancia el papel de su amigo como previo mentor e inductor intelectual. Al tandem se le van multiplicando los

lazos a pesar de la distancia, y de la incomunicación. En su ajetreado ir y venir por el Perú, Larrea sufre una transformación existencial, sin que le erredren los acontecimientos políticos, los problemas personales y de salud, y las insólitas aventuras de su recién adquirida colección arqueológica. Esta transformación del "gusano en mariposa", utilizando una frase cara a León Felipe, que en su caso va a ser la mudanza del "cangrejo", como él mismo afirma, va a convertirse en una imagen fija de su pensamiento como alegoría del triunfo del espíritu sobre la materia, que proyectará sobre Vallejo, el propio León Felipe y otros poetas. Finalmente los Larrea regresan a París en 1931, y pasada una delicada operación de úlcera, el poeta escribe su *Versión celeste* "a lo divino", y las prosas de *Orbe*, que Vallejo copia los años 1932-33, como una forma más de ayudar económicamente al peruano.

Larrea estuvo siempre cautivado por el espíritu primitivo, "ingenuo" y misterioso de Vallejo, al que veía como un ser excepcional tanto como poeta visionario como en su propia biología y talante de sufridor, incapaz en su indolencia de un impulso constante para el trabajo, muy opuesto al nervio y firme voluntad del bilbaíno. Por ello se comporta en ocasiones con un paternalismo que sobrepasa lo puramente afectivo y le lleva a incidir en aspectos ideológicos y personales, con la mejor intención, desde luego, pero con la tendencia de enderezar el pensamiento del poeta, si fuera posible. Desde su boda y su viaje iniciático y purificador a Perú, Larrea, que había ido cambiando progresivamente hacia posturas místicas y visionarias, sufría un proceso inverso al de Vallejo, cada vez más vinculado con la causa del hombre real y del comunismo. La copia a máquina de los textos de *Orbe*, empapados de otro humanismo, de corte idealista, el de Larrea, además de proporcionarle algún alivio económico, podía servir para una labor de adoctrinamiento en aquellos aspectos, como el marxismo, en los que Larrea y Vallejo ya no sintonizaban. Gerardo Diego, observador y conocedor de excepción de muchas vicisitudes de ambos escritores y depositario del manuscrito de *Orbe*, ve en *Poemas Humanos* una influencia de esta obra. De ser así, más que interpretarla como vinculación o dependencia directa de ideas concretas, hay que verla como una afinidad compartida en la percepción de ciertos aspectos de la poesía y de la existencia, que venía gestándose ya desde hacía años y que se mantenía en muchas cosas, a pesar de los frecuentes distanciamientos en la comunicación y de ciertas intromisiones (6).

En julio del 37 Vallejo estuvo en España donde escribió gran parte de sus *Poemas Humanos* y los quince poemas de *España, aparte de mi este cáliz*, desgajados de la obra anterior. En marzo de 1938 cae enfermo y muere en París el Viernes Santo, 15 de abril, acompañado, entre otros, por Larrea. Al conocerse los poemas de *España, aparte de mi este cáliz*, Larrea que ya ve a su amigo como víctima de su hispanismo, publica en *Nuestra España* un homenaje al poeta con una selección de estos poemas. Incluye también su artículo "Profecía de América", que con el anteriormente publicado en el mismo Boletín, "Inminencia de América", se convierte en el prelude de una importante tesis del autor. Larrea asocia la tragedia de España con el Nuevo Mundo, considerándolo como espacio de redención y realización de nuestros destinos históricos, que se encarnan en espíritus como César Vallejo, héroes visionarios y a la vez víctimas propiciatorias de un sacrificio purificador, cuya misión profética encaja muy bien con los versos seleccionados por el propio Larrea y tantas veces glosados: "Si la madre/ España cae —digo, es un decir—/ salid, niños del mundo; id a buscarla". El contacto directo había desgraciadamente acabado, pero empezaba la mitificación.

Mientras vivió Vallejo la admiración por el creador de una nueva poesía, la colaboración desinteresada, cierto paternalismo y algún que otro intento de influencia ideológica y personal, marcan la tónica del español hacia el peruano, quien sin duda alguna se sentía muy vinculado emotiva e intelectualmente a Larrea. A su vez éste se identifica progresivamente con muchos de los postulados vallejianos que le servirán de hilo conductor para su interpretación de América y de la propia naturaleza humana.

La difusión y el conocimiento académico

Después de 1938 Larrea mantiene el fuego del vallejismo durante el resto de su vida, a pesar de los vaivenes familiares, políticos e intelectuales que tiene que sufrir. Pasado el primer impacto, las vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial y de su propio exilio le llevan por caminos laterales, aunque sin abandonar su meta, en una actitud como en sordina, que a partir de 1957 se vuelve abierta y en ocasiones polémica. A esta nueva e intensa relación podríamos llamarla de conocimiento académico y de difusión puntualizadora y ejemplificadora.

Puntualizadora en cuanto va aportando datos y referencias, textos e interpretaciones de la vida y los escritos del peruano, labor impagable para los estudiosos sobre el autor y su época. Ejemplificadora, y a veces obsesiva, porque hace de Vallejo un modelo de poeta visionario, paradigma de hombre hispanoamericano y eje referencial de parte de las teorías antropológico-míticas que Larrea había ido madurando a lo largo de los años.

Seleccionamos a continuación los aspectos que nos parecen más importantes de esta actividad académica de Larrea como ilustración de su constante trabajo de acopio de materiales y

exégesis. Un texto inicial y muy significativo, que abre la nueva etapa, es la conferencia, luego convertida en libro, "César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón" (1957). A partir de este momento raro es el año que no publica u organiza algún evento sobre Vallejo. En 1959 se crea en la Facultad de Filosofía y Humanidades de Córdoba, Argentina, propiciado por Larrea, el Instituto del Nuevo Mundo, del que es nombrado director y que celebra un Simposium Internacional sobre Vallejo, que da lugar al Aula Vallejo de fructífera y controvertida trayectoria. El primer número de la revista del mismo nombre sale en 1961 y en el 63 los números 2, 3 y 4 con las Actas del simposio del 59. En 1964 da un curso sobre *Trilce* y en 1966, superadas luchas y discrepancias universitarias, es de nuevo nombrado profesor investigador y director del "Centro de Documentación e Investigación César Vallejo", que sustituye al anterior Instituto del Nuevo Mundo. Su actividad en torno al poeta seguirá en 1967, ya con 72 años, con la publicación de los números 5,6,7 del Aula y la organización de unas "Conferencias Vallejianas Internacionales" sobre "El Humanismo de César Vallejo" en la Universidad Nacional de Córdoba. En 1971 lee en la Biblioteca Nacional de Montevideo "César Vallejo, héroe y mártir indohispano", que sale como libro en 1973, y se publican los números 8,9,10 del Aula, con las Actas del 67. A raíz de estas actas y con motivo de una polémica con André Coyné sobre una ponencia de éste: "César Vallejo frente a André Bretón", Larrea, que no comparte algunos puntos de vista del crítico, escribe "Respuesta diferida a César Vallejo y el surrealismo" (1971), con importantes precisiones sobre este grupo de vanguardia ya Vittorio Bodini en 1965 le había hecho mentor de los surrealistas españoles en su libro *I poeti surrealisti spagnoli*. En 1974 publica los números 11, 12, 13 del Aula Vallejo, y continúa con su notable esfuerzo de difusión y clarificación aportando textos inéditos, datos biográficos y una edición facsímil de poemas póstumos. Por último, en 1980, año de su muerte, sale a la luz *Al amor de Vallejo*, obra que reúne la mayoría de los ensayos que el poeta había ido elaborando en su larga andadura, que había seguido su trayectoria con el prólogo "César Vallejo, poeta absoluto" que hizo en 1978 para la edición crítica de *Poesía completa* de César Vallejo, y algún texto más (7).

Después de la muerte de Vallejo la constante de Larrea hacia su poesía y su persona sigue siendo la admiración, más grande todavía al conocerse los poemas de *España, aparta de mi este cáliz*. Esta admiración acaba convirtiéndose casi en un culto mitificador y excluyente, que sitúa a Vallejo con Darío en la cúspide de la poesía hispanoamericana, y al propio Larrea como sumo sacerdote de un colegio sacerdotal de críticos vallejanos, en el que no faltan polémicas y hasta descalificaciones.

Creemos que la pasión de Larrea por Vallejo queda suficientemente documentada con los datos precedentes; pero a pesar de la obviedad del hecho, el crítico, el estudioso, y aún el simple admirador de ambos poetas, no deja de preguntarse por las motivaciones que dieron lugar a una simbiosis tan fuerte entre ellos, y por el proceso que la generó. La explicación de cualquier amistad y dependencia, tanto intelectual como afectiva, suele deberse a un cúmulo de factores, y más tratándose de unas personalidades tan complejas como las de Larrea y Vallejo. No obstante, y como toda crítica es siempre una forma de aproximación hecha desde una subjetividad, vamos a aventurar nuestro punto de vista, aportando alguno de esos factores, aunque intentemos objetivarlo racionalizando su desarrollo. Para ello tomaremos como referente *Al amor de Vallejo*, libro clave por su carácter misceláneo, al reunir escritos que cubren casi todos los registros de la obra de Larrea sobre su amigo.

Del hombre al mito o la transformación del gusano en mariposa

Al amor de Vallejo se abre con una carta escrita en 1958 por Antenor Orrego, prologuista de *Trilce*, en la que el crítico peruano le dice entre otras cosas: "Estoy completamente de acuerdo en la interpretación que hace usted de Vallejo. Me parece que es el esfuerzo más profundo y trascendente que se haya hecho hasta hoy" (8) Esta carta, que no en vano va al comienzo de la obra, es el mejor espaldarazo a la labor de Larrea como estudioso de Vallejo, muy apta para consolar suspicacias y una justificación plena frente ataques y tergiversaciones, porque, ¿quién mejor que un peruano, amigo y conocedor del poeta puede llegar hasta el fondo de su poesía? Este espaldarazo le venía muy bien a Larrea frente a las críticas y silencios que se habían ido levantando sobre su método de análisis. Orrego y él son desde este momento dos espíritus afines.

Larrea en su labor de crítico se sitúa siempre en primer plano como observador privilegiado; no tiene inconveniente en retractarse cuando lo cree necesario, pero siempre justificando sus posibles "errores" con puntualizaciones un tanto sibilinas y exculpatorias, nacidas más de las situaciones históricas que de su propia falta de comprensión. También manipula sutilmente las informaciones, cosa de la que no tenía ninguna necesidad. Valgan como ejemplo las notas que pone a los artículos para esta edición definitiva en *Al amor de Vallejo*, como la que acompaña a "Inminencia de América". Le escribe Vallejo a Larrea en 1937 en relación con este texto: "El tono que le has dado, lo creo de primera, particularmente

para los sectores de opinión —que son muchos en América— de ideas liberales. El fuego y la sinceridad con que está escrito darán sus frutos. Estoy seguro” (p.9). Y añade Larrea: “Parecería que al justificar el tono de “Inminencia de América”, Vallejo justifica el de alguno de los textos que empezaron a escribirse sobre él sólo un año más tarde” (p.9). Pienso que a lo que se refiere Vallejo es a que el artículo creará conciencia entre los liberales de América por las causas que propone Larrea, pero no da pie para que los frutos se extiendan a interpretaciones y artículos posteriores, algunos de los cuales serán del propio Larrea, y para colmo interpretándole a él.

La cita anterior ilustra bien muchos aspectos del método del escritor vasco como crítico. Sobre un conjunto de ideas previas, eso sí, perfectamente ancladas en su mente, va proyectando un cúmulo de relaciones *a posteriori* como hacen los exégetas bíblicos y afines. Superpone todo un sistema que encaja a la perfección si se aceptan las premisas iniciales. Su erudición, “su fuego”, la simbología numérica y un excelente estilo, aunque a veces peque de grandilocuente, hacen el resto. Los datos están ahí y él casi siempre los conoce con exactitud; hacer que se vuelvan trascendentales es la otra parte de su trabajo.

Y tenemos al hombre, al poeta, a la víctima recién “muerta de España”, alguien, ya lo hemos dicho, al que Larrea conoce muy bien y al que admira como potencia creadora y humana, sobre todo a través del dolor: César Vallejo. La actitud dolorosa o doliente del peruano le parecía a Larrea algo maravilloso, y casi en exclusiva de su amigo, algo vallejiano. Ahora bien, esta actitud, que puede verse como un rasgo, muy notable por cierto, de la personalidad del poeta, o desde otra vertiente, tópicos aparte, como un rasgo más de la peculiar idiosincrasia hispanoamericana, en especial del Cono Sur, nunca es considerada por Larrea desde otras posibles perspectivas. Por ejemplo como un empapamiento histórico existencial del que también participan otros poetas, como Pessoa sin ir más lejos, cada uno a su modo, y a la vez con notables connivencias entre ellos, que no tienen que ver con posibles lecturas mutuas, al menos en el caso de Pessoa (9).; pero sí con otras lecturas y experiencias del mundo que les tocó vivir, además de la propia tradición literaria, en especial la española, rica en esta materia, y que Larrea maneja muy poco en éste u otros casos. El mismo planteamiento podía extenderse a la la ironía y al humor vallejiano, al propio tratamiento del lenguaje, a las imágenes y a otros rasgos de estilo, que se quiera o no tienen que ver también, y a lo mejor en mayor medida, con la inevitable mimesis y su rechazo, y con la pertenencia a una cultura común, tan potenciada, por otra parte, por Larrea. Para el



autor de *Versión celeste* el medio y la tradición literaria parecen contar muy poco referidas a Vallejo, aspecto que hace del peruano, tal como lo presenta Larrea, un poeta único, que en ocasiones llega a ser superior a Dante y a otros poetas emblemáticos.

Existe el héroe, pero hace falta un espacio mítico para situarlo; y ahí están “Inminencia de América” (1937) y “Profecía de América” (1939) “...cuando llega el fin del Mundo Antiguo suena la hora magnífica del Nuevo, esta hora no sea otra que la ardiente hora de España llamada a renacer de sus cenizas” (p. 16). Pero España pertenece al viejo Mundo, si bien una parte de ella, la sufriente, va a renacer en América con sus modelos: Vallejo que muere por España para dar testimonio de ella; y los exiliados que la vivificarán de nuevo. En “Profecía de América” esta incipiente alegoría se va cerrando, método habitual de Larrea que consiste en ir superponiendo y añadiendo nuevos símbolos. Vallejo, escribe el crítico, “Enviado extraordinario de un mundo y de una raza extraña, vino aquí, por lo pronto, a colmar, su desmedida capacidad de dolor” (p. 20); “fue acumulando cotidianismo civil” (p. 21) y “Parecíame que por su lengua se expresaba

proféticamente el contenido espiritual de una gran masa humana" (p. 23). La madre y la muerte son, según Larrea, los temas que centran la obra poética de Vallejo. Y ahí está España, madre simbólica después de la física e identificada con ella, que acoge e impulsa todos los anhelos de Vallejo. Le impulsa de nuevo a escribir y ante su agonía como nación, él también muere por ella, "muere de España". América-España y Vallejo, que "viniste al viejo mundo a morir por España y con España, nosotros hemos venido a vivir por América y con América al mundo nuevo" (p. 30).

El mito se va gestando y el método se afianza cada vez más. En "Memoria de César Vallejo" (1940), las referencias personales son ciertamente acuciantes y hacen del artículo un recuento de situaciones afectivas que justifican su dedicación al poeta, van cerrando el triángulo de la atracción de Larrea por Vallejo-España-América, y acercan posiciones entre los dos amigos. Comenta Larrea: "En realidad abordábamos el problema por extremos opuestos, político y poético, para concordar, a fin de cuentas, en una misma fe en los destinos creadores del Continente Americano" (p. 37). La simbiosis entre el héroe y su apologista se va clarificando. Vallejo es un representante de Perú en España, Larrea lo será de España en Perú y en América, uno como víctima, el otro como fiel depositario de la fraternidad, del mensaje y del humanismo del primero. Larrea mantendrá desde este artículo un diálogo constante y amoroso con su *alter ego*, Vallejo, que nos obliga a una reflexión complementaria.

Años después de la muerte de Vallejo, críticos, amigos y familiares, entre ellos la propia mujer del poeta, se cuestionaban, admirados, la obsesión posesiva de Larrea por la figura y la obra vallejana, sin poder explicarla muy bien de manera objetiva evitando pugnas y descalificaciones. Según confiesa el propio Larrea, desde el primer momento quedó deslumbrado por la "inocencia" que "irradiaba" Vallejo, "aquel no sé qué tan enteramente indefenso, que de él se desprendía en cuanto lo alteraba la emoción, me inclinaron al afecto" (p. 33). El paternalismo larretiano, que se manifestará en múltiples ocasiones, tiene probablemente su origen en esta situación inicial humanamente afectiva. Pero había también algo más objetivo que caracterizaba al "indefenso": Su capacidad poética. Larrea, hombre inteligente, estaba además deslumbrado por Vallejo porque comparándose poéticamente con él se daba cuenta del abismo que había entre los dos. Su abandono del verso puede nacer quizá de esta constatación frente a Vallejo u otros poetas. Larrea es un poeta de coyuntura literaria, un vanguardista, en lo que tiene el término de circunstancial y positivo, demasiado preocupado por la experimentación y la dife-

rencia, por el juego literario como presupuesto vital, idealista y un poco inconsciente. Hacía Poética y en menor medida poesía. Vallejo por el contrario, trascendentalizaba lo individual universalizándolo, descoyuntaba la Poética y era un vanguardista antes y después de su voluntad. Quizá la constatación de este hecho por parte de Larrea podía haber desencadenado en él envidia o despego; pero no fue así. Supo soslayar con notable elegancia y afecto cualquier intento que pudiera contribuir a mermar su sólida amistad. Podía haberse callado o hacer alguna declaración, estudio o elogio circunstancial y espaciado, como hicieron otros contemporáneos suyos; pero se dejó arrastrar por su impulso inicial; y fue, probablemente, esa *potencialidad creadora* de Vallejo lo que le llevó, primero de modo racional, y luego como un río caudaloso que no puede detener sus aguas, de la admiración a la exégesis del admirado y de ésta a la apología, avalado todo ello por la fraternidad y por el inapreciable caudal informativo de primera mano que poseía.

El proceso diacrónico que llevamos con respecto a los artículos de *Al amor de Vallejo* va a dar un salto cualitativo a medida que los años avanzan. En "Conmemoración de César Vallejo" (1942), Larrea le propone como "ejemplo", como poseedor de "una americanidad irreductible", como gran "rebelde" frente a una situación poética obsoleta y socialmente degradada. Esta situación es la que le empuja hacia Europa, para que allí, y con la posterior tensión de la guerra de España culmine su estancia purificadora con poemas que son modelo y símbolo para las futuras generaciones de América. Pero es en "César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón" (1957), en donde el universo crítico de Larrea se perfila ya con toda su amplitud y complejidad. Larrea cree ver en la obra de Vallejo, ya desde el principio incipientemente, y en mayor medida con el tiempo, todo un cúmulo de connotaciones, de símbolos, de estructuras de pensamiento que son las suyas. En su proceso de mitificación se proyecta sobre el amigo muerto atribuyéndole lo que el mismo piensa. Y es esta nueva afinidad la que le lleva a instrumentalizar en ocasiones al poeta de *Los heraldos negros*, aunque no siempre lo haga conscientemente e insista en precisarlo todo con rigurosos métodos de crítico literario. El problema reside en su actitud irreductiblemente posesiva, de la que no consigue liberarse, y que con los años y el propio éxito se va acentuando a pesar de la aparición de detractores de sus análisis. André Coyné señala con precisión un aspecto de esta actitud cuando afirma: "Todo lo que Larrea hace es para apuntalar el sistema" (10). En efecto, Larrea se crea un sistema de explicación del mundo y lo ilustra en las partes pertinentes con la poesía y la vida de su amigo, llena para él de ejemplos incontrovertibles. Por eso se

molesta tanto cuando otros no aceptan sus explicaciones, probablemente veraces en cuanto al dato, pero discutibles en gran medida en cuanto a la interpretación que el exégeta quiere darle. Pero el dato es patrimonio de todos y su interpretación es una más entre las muchas que pueden darse. El pecado no existiría si el no se empeñara en hacer de la suya la verdadera.

"César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su Razón" (1958), "César Vallejo en la crisis de nuestro tiempo" (1963), y "Significado conjunto de la vida y la obra de César Vallejo" (1963), marcan el climax del proceso de mitificación del crítico sobre el autor. El poeta de Santiago de Chuco va progresivamente adquiriendo un perfil heroico, desmesurado y a la vez único, tanto en su lenguaje como en su mensaje. Larrea hace suya plenamente la opinión de Pablo Corvalán: "Vallejo es quizás el hombre supremo que en lo que va de siglo ha parido América" (p. 51). Es un poeta metafísico ya que "muy especialmente metafísica es a todas luces su tendencia innata a la contradicción que empieza por oponer el No Ser al Ser" (p. 57). Es un poeta visionario y místico y profético, ya que "Aquello que se emite creadoramente por los grandes poetas y profetas, lo ha hecho en nuestros días por Vallejo" (p. 149); pero el problema no es que sea esto y muchos otros adjetivos, que además quizá lo sea, sino que es el más místico, el más metafísico, el más visionario, etc. El voluntarismo de Larrea se hace patente en estos ensayos, voluntarismo y dogmatismo, pues llega a pensar y a decir que "Un poeta de imaginación absolutamente libre como lo es Vallejo, no puede ser entendido como se debe, sino por estados de espíritu en armonía con la profundidad humana de su experiencia y mediante instrumentos psicológicos y culturales capaces de discriminar sus valores" (p. 156). Las expresiones "No puede ser entendido" y "como se debe" son suficientemente significativas para comprender ese voluntarismo; pero además van a tener otra clara lectura. Por lo que se ve sí hay una forma de "como se deben hacer las cosas" que excluye a otras, es el método antropológico, el que precisamente practica Larrea, y que se opone a otros como el sociológico o el estilístico, por ejemplo, que en un ensayo posterior tendrá su varapalo.

La síntesis de actividades humanas e intelectuales, quizá innecesarias por obvias, que puse al comienzo de este artículo, no era más que un intento de resaltar la excepcionales condiciones de Larrea para ejercer de crítico, debido al importante acopio de materiales y vivencias que había acumulado con los años y a su no menos importante dedicación. Pero la posesión de Vallejo por Larrea, que deviene en mitificación absoluta, se apoya también en la necesidad que tiene el crítico de apuntalar sus

ideas básicas de carácter antropológico y psicológico, y que son el fundamento de su sistema. Y el mejor ejemplo para ponerlos de manifiesto es el propio Vallejo. Freud y Jung, más este último, van a intervenir plenamente en este proceso aportándole el bagaje necesario. Los arquetipos míticos del subconsciente colectivo han cristalizado de forma excepcional y sorprendente, según Larrea, en la poesía de Vallejo. Lo limitado del planteamiento es que no resulta muy difícil encontrar arquetipos míticos en gran número de poetas, "visionarios o psicológicos", aunque en Vallejo el crítico los haga coherentes y hasta posibles en algunos casos. En algunos casos, porque la obsesión larretiana para que todo encaje termina haciendo de Vallejo un superhombre, quien, consciente o inconscientemente, y siguiendo las huellas de Rubén Darío, va encarnar a Prometeo y a Cristo como heraldo blanco de América y víctima de la tragedia de España. Hasta la conversión de Vallejo al marxismo, que Larrea no acababa de encajar por su antiidealismo y porqué a su modo de ver mataba las fuentes creativas del poeta, es hábilmente subvertida con matices y reticencias, con el argumento, al que da pie el propio Vallejo, de que en la vida a veces hay que hacer cosas aparentemente contradictorias. Y como le viene como anillo al dedo, Larrea en cuanto puede saca a relucir las palabras de Vallejo en una crónica de *Literatura proletaria*: "Como hombre puedo simpatizar y trabajar por la Revolución, pero, como artista, no está en manos de nadie ni en las mías propias, el controlar los alcances políticos que pueden ocultarse en mis poemas" (p. 157). Y añade: "Evidentemente, está saliendo en defensa de una política del Espíritu, hacia donde, según se vió, apunta su persona" (p. 157), algo que el propio Vallejo tuvo en cuenta siempre, aunque sin la necesidad de enfrentarlo a otros logros materiales y a momentos concretos de todo proceso revolucionario, donde hasta la misma poesía puede esperar.

Todo crítico es libre de seleccionar el método que desee, y el antropológico puede ser tan acertado como cualquier otro; pero la conjunción de símbolos de naturaleza cristológica, prometeica, hispánica y amerindia a la vez, entre los polos del Amor y el Dolor, en un personaje tan peculiar, con dos abuelas indias y dos abuelos sacerdotes, dato al que Larrea da una excepcional importancia, probablemente proporcione a sus ensayos un espesor en verdad desmesurado, y, lo que es peor, con pocos visos de validez. Pero Larrea aparenta tenerlo todo claro y lo apuntilla con precisiones, con frecuencia de interés y muy pertinentes en ocasiones, como puede apreciarse en "Claves en profundidad" (1961) o en "La edición madrileña de *Trilce*" (1967). Es en la apología en donde consideramos que su método roza el idealismo fantástico cuando no se mete de lleno

en él. La necesidad que tiene de sostener sus planteamientos teleológicos, le lleva a la *instrumentalización* y a la defensa a ultranza del ejemplo y modelo de Vallejo, al que utiliza como uno de los más firmes apoyos de su vasto y complejo pensamiento intelectual. La obsesión por Vallejo, mantenida por la reiteración de obras en torno a su vida y su obra, es también una *necesidad* para el sostenimiento de su propio sistema.

El último escalón en este proceso de progresiva posesión de un poeta, hasta llegar a convertirlo en un "fenómeno", se plasma con toda nitidez en los últimos ensayos de *Al amor de Vallejo*, cuyo título es ya todo un homenaje. De 1967 es "Considerando a Vallejo frente a las penurias (y calamidades) de la crítica", y de 1969 "César Vallejo frente a André Bretón "El adverbio" frente" de ambos títulos nos habla de abierto pugilato, a mi modo de ver un poco visceral e innecesario, al menos en el primer ensayo, pues el segundo forma parte del contencioso Coyné-Larrea o Larrea-Coyné, según el lado en que uno se ponga. La tesis principal de "Considerando..." es que "Al poeta que es Vallejo no hay teoría literaria que lo entienda, por la simple razón de que sólo se apoya en la punta de un pie, y no resueltamente en el territorio de la literatura. Vallejo es vida, como el niño, y está en la vida" (p. 224), para a continuación emprenderla con la estilística, aunque al final la salve como parte de la cultura, porque: "Es obvio sobre los planteos anteriores, que en vano se tratará de comprender a Vallejo en su significado integral, enfocándolo únicamente con los procedimientos y recursos analíticos básicamente cartesianos, de que se vale la estilística" (p. 246). Es la respuesta de Larrea, ya harto, a las críticas de otros investigadores, pero fiel a sí mismo, insiste en que es la antropocrítica, de fuerte componente psicologicista jungiano, la única capaz de explicar la obra de Vallejo. Del mismo Jung dice que muchas de sus ideas podían parecer "derivadas de la experiencia del poeta de Santiago de Chuco." (p.227) Se trata del último acto de su posesión afectiva. Larrea, en su papel de difusor académico, norma la crítica a Vallejo con pocas posibilidades de salvación para los que no siguen una metodología semejante a la suya. Culmina así un proceso que tiene su último acto en "César Vallejo frente a André Bretón", donde independientemente de sentirse molesto por unas afirmaciones de André Coyné sobre el surrealismo del peruano, Larrea hace una demoledora crítica de Bretón. Ahora bien, la parte que a nosotros más nos interesa para el desarrollo de este artículo sigue siendo la metodología de Larrea, el cual sin ningún desmayo sigue su labor apologética y en "Considerando a Vallejo..." dice de él "que es un mito de orden intrínseco o, quizá mejor, forma parte de él, ya que la tragedia española es un

Mito probablemente sin parangón en la experiencia del mundo" (p. 243) La fijación española continúa fielmente unida a la fijación vallejana. Pero veamos como defiende Larrea su reducto, después de escuchar la comunicación de André Coyné: "César Vallejo y el Surrealismo" en las Conferencias vallejanas sobre *El humanismo de César Vallejo*. En ellas Coyné substituyó sorpresivamente por ésta, la conferencia que tenía programada y que llevaba otro título. Ante tal situación Larrea se interroga, antes de oírla, sobre qué se puede decir acerca de ese tema. Así lo cuenta él y su propio lenguaje le traiciona, porque actúa como al parecer actuaba. Es decir, dando previamente él visto bueno a todo y casi sabiendo de antemano lo que se iba a decir. Y escribe: "Por ello no parecía a primera vista que el tema del surrealismo fuese el más indicado para ofrecerse a consideración en unos actos académicos organizados con motivo de la enjundia antropológica de Vallejo". ... "Pero imaginé por mi parte, tras alguna reflexión —y así abordo a mi manera un aspecto del tema escogido por André Coyné— que éste podría tomar como punto de partida para justificar o excusar la crónica tan acerbamente anti-surrealista de Vallejo, los dictámenes de los escritores soviéticos escuchados por César en su visita a Rusia", etc. Es decir, que de comentar algo sobre este tema lo que podría hacerse es lo que él intuye que se puede hacer, ya que prácticamente lo conoce todo. No fue así lo que hizo Coyné; y eso, unido a otros agravios, desencadenó la tormenta. Todas las aguas deben ir al mismo cauce y todas las piezas deben encajar en la gran organigrama larretiano, pues de lo contrario rebatirá cualquier crítica a sus juicios y análisis. Sin declinar nada de sus antiguos postulados escribe una vez más refiriéndose a Vallejo: "¿No es acaso un azar objetivo o más bien un enjambre orgánico de azares objetivos los asociados al hecho de que muriese misteriosamente a los treinta y tres días de dolencia, sin que ni entonces ni nunca resultara posible averiguar la causa efectiva de su muerte, y que ésta aconteciese en un día de Viernes Santo tras haber hecho causa común, por Amor, con la plena humanidad paciente, y haber pronunciado en su huerto de los olivos su *España, aparta de mi este cáliz?*" (p.258). Considero que no es necesario añadir más. La admiración de Larrea por Vallejo es ya clara posesión hasta de su posible crítica. Por otra parte, puede decirse que sus métodos de análisis no están exentos de interés si se los despoja de desmesura y se mantiene una cierta distancia de los hechos analizados, cosa no habitual en Larrea, quien por el contrario intenta ser muy puntilloso en la información histórica que proporciona, lo cual, unido a ciertas intuiciones, nos parece lo más fructífero de su forma de trabajar.



Amigo muy leal y muy cercano compañero de armas poéticas

Terminamos como hemos empezado: Qué excepcional posibilidad la de Vallejo la de tener un exégeta, prolongador y conservador de su obra, "un compañero de armas poéticas y amigo muy leal y muy cercano" (p.8), como el mismo Larrea se adjetiva en el prólogo *Al amor de Vallejo*. Esta "lealtad" y "cercanía" constituyen el motor de su dedicación crítica, pero también la marca de su tiranía, puesta de manifiesto cuando intenta que prevalezca su "verdad". Tanta insistencia se vuelve a la larga una pura y simple limitación afectiva, que el tiempo y las circunstancias se encargarán de corregir. En la lucha por la supervivencia expresiva la fuerza está en el propio potencial de la palabra. La opacidad que el estudioso añade no es más que un intento de recubrir a la diosa. Desvelarla seguirá siendo un placer de críticos y tiempo. Afortunadamente, en ese juego, Juan Larrea tendrá siempre una presencia constante con respecto a Vallejo, porque no en vano ha buscado las buenas compañías, y no en vano las ha mantenido contra todas las corrientes.

Notas

(1) Sobre la relación Larrea-Vallejo véase el excelente artículo de Amancio Sabugo Abril: "Vallejo y Larrea, o las afinidades electivas", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, Abril-Mayo 1988, Vol. I, pp. 39-56.

(2) En la obra de David Bary: *Larrea: Poesía y Transfiguración*, Barcelona, Planeta/ Universidad, 1976, p.59. Este libro lleva también una biografía cronológica del poeta que nos ha servido para elaborar la nuestra, pp. 13-17.

(3) En Juan Larrea: *Cartas a Gerardo Diego 1916-1980*, recopiladas por Enrique Cordero de Ciria y Juan Manuel Díaz de Guereñu, San Sebastián, Cuadernos Universitarios (E U T G-Mundaiz), 1986, hay varias referencias a la falta de contacto entre los dos poetas: "A Vallejo casi no le veo", septiembre 1927, p.212; "¿Podrías darme la dirección de Vallejo?", le pide en 1931, p.241. Datos razonados sobre estos altibajos amicales los aporta André Coyné en su cuidado y esclarecedor trabajo: "Digo, es un decir", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, op. cit., pp. 57-86.

(4) Larrea: *Poesía y transfiguración*, op. cit., p. 66.

(5) Las relaciones de Georgette con Larrea se fueron haciendo cada vez menos cordiales hasta el punto de nombrarla con las siglas VV, Viuda Vallejo. Georgette publicó unos "Apuntes biográficos de César Vallejo", en César Vallejo, *Los heraldos negros*, Lima, Ed. Perú Nuevo, 1959, y "Apuntes biográficos sobre *Poemas en prosa y Poemas Humanos*" Lima, Moncloa Editores, 1968; y en *Visión del Perú*, Lima, 4 de julio de 1969, con afirmaciones y puntos de vista que no compartía Larrea.

(6) Una prueba de estas intromisiones y posibles influencias puede encontrarse en una carta que Larrea le envía a Gerardo Diego en 1933 en la que escribe: "Espero tu carta prometida con tus impresiones sobre el libro de notas. Mucho me ha alegrado saber que quizá te ha producido un cierto bien. A César también le ha servido de gran utilidad, de tal manera que el callejón sin salida en que se encontraba ha desaparecido y sus ideas se han modificado", en Juan Larrea: *Cartas a Gerardo Diego* op. cit., p.264. Claro que entre 1933 y 1937-38, cuando al parecer se escriben *Poemas humanos*, median unos años y un mayor distanciamiento, por lo que el cambio puede referirse a otros aspectos y no tener influencia en esta obra.

(7) *Poesía completa* de César Vallejo, Barcelona, Barral Editores, 1978.

(8) *Al amor de Vallejo*, Valencia, PRE-TEXTOS, 1980, p.11. Todas las citas que hagamos de los artículos estudiados a partir de ahora procederán de esta edición.

(9) Sobre Vallejo y Pessoa véase Santiago Kovadloff, "Vallejo y Pessoa: lo poético, lo político", *Cuadernos Hispanoamericanos* 454-455, op. cit., pp.87-95.

(10) En "Digo, es un decir", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 454-455, op. cit., p. 72.